

años. Otros discípulos tuvo, algunos que luego han sobresalido, como Alfredo López Austin y Thelma Sullivan, quienes concurren también a mis clases a lo largo de varios años.

Extensa es la obra escrita de Garibay. Lugar principal ocupan su magna *Historia de la literatura náhuatl* (1953-1954), con varias reediciones); *Vida económica de Tenochtitlan*, (1960); *Poesía náhuatl* (1963-1967, reeditado en 1993). Preparó también ediciones de las obras de Bernardino de Sahagún, Diego Durán, Diego de Landa, Manuel Orozco y Berra, así como de los dramaturgos griegos que tradujo al castellano. Otros muchos trabajos sacó a luz que siguen siendo leídos y estudiados.

Ángel María Garibay fue sobre todo maestro en la plenitud de lo que esta palabra significa. Rosario Castellanos escribió que la cultura mexicana después de Garibay vino a ser otra: por obra suya el legado espiritual indígena comenzó a conocerse con hondura, valorado y difundido con sentido humanista. Universitario fue Garibay del que, con razón, México y nuestra *Alma mater* pueden sentirse orgullosos.

## Elsa Garza Larumbe

Margarita Quijano

Elsa Garza Larumbe fue maestra en el Departamento de Letras Inglesas de la Facultad de Filosofía y Letras desde 1950 hasta el día de su muerte, el 27 de junio de 1976. Durante todos esos años impartió cursos diversos, entre los que destacan los de Literatura medieval inglesa, Literatura inglesa romántica y victoriana y el de Historia de la cultura inglesa, curso, éste último que, por muchos años, constituyó el único lugar en el que se estudiaba la obra de Milton. De hecho, Elsa era entonces la única estudiosa en México que trabajaba a Milton. Se especializó también en la literatura norteamericana de los puritanos, y su tesis doctoral, *Cotton Mather, New Land Puritan*, le valió el *cum laude* en el examen de doctorado por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, en 1962. Había hecho antes un diploma de posgrado y luego la maestría en literatura inglesa en la Universidad de Sheffield, Inglaterra (1948-1953). Es a esos años de estudiantes que regreso en mi memoria cuando pienso en ella.

Recuerdo a Elsa, en 1947, caminando conmigo por Oxford Street, en Londres. Estaba recién desembarcada del Queen Elizabeth que, junto con el Queen Mary, eran los trasatlánticos más grandes y veloces, verdaderos palacios con una estabilidad tal que parecían deslizarse como



Elsa Garza Larumbe, 1975.

por un estanque. Pasamos por un restaurante con anuncios de filete de ballena, y Elsa decidió comer ahí. No le agradó el platillo; la comida en Inglaterra, entonces, era pésima y escasa, especialmente en comparación con las del barco. Según Elsa, la Cunard Line transportaba a “distinguidas personalidades”, refiriéndose a ella y a mí. Tenía un gran sentido del humor y gran delicadeza y discreción. Tenía también una suerte extraordinaria para sacar premios en rifas y en la lotería. Pero su pasión eran los animales, especialmente los gatos. Siempre tuvo una pareja de gatos finísimos a los que prodigaba gran ternura. El accidente de su infancia que le dejó inmóvil de una rodilla aumentó su natural timidez. Al final se quedó sola, sin sus hermanas, que habían muerto en un trágico accidente automovilístico.

En la primavera de 1948 fue a visitarme a París, donde yo estudiaba en la Sorbona, y deleitó a la familia Domerge que tenía una casa de huéspedes para estudiantes, en la que yo vivía, porque recitó de memoria poesía francesa. Su pronunciación en inglés y francés era perfecta. Los Domerge creían que en México no teníamos cultura. Elsa los hizo rectificar esas ideas.

La falta de alimentos, de calefacción y de seguridad en países destruidos por los bombardeos después de la Segunda Guerra Mundial se sobrellevaba fácilmente porque teníamos la sensación de haber salido de una cárcel y gozar de una libertad que no existía en México, donde el horizonte de la mujer era el casamiento, y la soltería se consideraba un fracaso. Cuando Elsa y yo hablábamos de esto y de los millones de jóvenes sacrificados en guerras absurdas sentíamos que teníamos el privilegio de romper cadenas milenarias.

## Juan Garzón Bates

*Mercedes Garzón*

En el prólogo a su libro *Carlos Marx: ontología y revolución*, escrito a mediados de los años setentas, Juan se presenta a sí mismo como producto de una generación y confiesa que su texto no es creación de un individuo singular, sino de una individualidad social que se expresa a través de una “época” –singularidad que es, a su vez, consecuencia de un acontecer específico que, en el caso de Juan, no podría entenderse más que a partir de situaciones históricas concretas, como pueden ser el exilio español en México, la Revolución cubana o el movimiento fe-